

UN EXISTENCIALISTA ARGENTINO SONDEA  
LA TENEBROSIDAD DE LA NATURALEZA HUMANA\*

POR

CALEB BACH  
*Academia Deerfield, Massachusetts*

Los hombres construyen penosamente sus inexplicables fantasías porque están encarnados, porque anshan la eternidad y deben morir, porque desean la perfección y son imperfectos, porque anshan la pureza y son corruptibles. Por eso escriben ficciones. Un dios no necesita escribirlas. La existencia es trágica por esa esencial dualidad. El hombre podría haber sido feliz como un animal sin conciencia de la muerte o como espíritu puro, no como hombre: desde el momento en que se levantó sobre sus dos pies, inauguró su infelicidad metafísica.

Esta sombría visión de Ernesto Sábato respecto de la condición humana refleja el pesimismo que caracteriza sus novelas. Sus libros albergan tramas tenebrosas, amargas y barrocas, pobladas por seres urbanos alienados que han perdido sus valores morales. Sus protagonistas son víctimas de su propia incapacidad para definirse a sí mismos, para descubrir un propósito para sus vidas. Dolorosamente conscientes de su pérdida de rumbo e incapaces de comunicar su situación a otros, viven una existencia desolada y autodestructiva, aferrados a una suerte de esperanza atrofiada que se basa "en minucias cotidianas" (de acuerdo con la apropiada expresión de Angela Dellepiane).

Como muchos escritores de persuasión existencialista, Sábato ha sido increpado por críticos que consideran que su "esperanza negra" es excesivamente sombría. Alguno ha dicho que "para Sábato no hay respuestas. Para cada solución no tiene más que problemas". Acaso así sea, pero cuando este gran escritor argentino se dispone a celebrar en 1991 su octogésimo cumpleaños, una vida que abarca una vasta porción de este siglo, la historia está, en gran medida, de su parte (uno vacila en decir que suya es la última carcajada, porque Sábato no es de risa fácil). La inclinación del hombre moderno, e inclusive su talento, para el autocastigo y la autodestrucción, constituye un motivo central de nuestra época y es, también, cardinal en las novelas de Sábato.

Pese a su naturaleza en cierto modo recoleta, Sábato ha sido foco de un considerable caudal de atención pública durante los últimos años. Por un lado, la muerte de Jorge Luis Borges le permitió emerger de la enorme sombra de su

compatriota. Por otro lado, y de manera más tangible, el papel por demás sustancial de Sábato como escritor talentoso y como conciencia de su nación le granjeó finalmente el amplio respeto y reconocimiento que merecía desde mucho tiempo atrás. En 1983 la decisión del presidente Raul Alfonsín de nombrarlo para encabezar la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) constituyó un hecho decisivo. La tarea exigía una integridad impecable y un deseo tenaz de descubrir la verdad, como parte del proceso de cicatrización nacional tras la dictadura militar que había gobernado a la Argentina. Pese a numerosas amenazas contra su vida y a las presiones de todo origen, procedió valerosamente, con una actitud escrupulosa, equilibrada e imparcial, supervisando en su momento la difusión de las comprobaciones de la comisión en un documento que se tituló *Nunca más*, cuyo prólogo, redactado por él mismo, hizo gala de notable elocuencia: "Las grandes calamidades son siempre aleccionadoras y, sin duda, el más terrible drama que en toda su historia sufrió la nación durante el período que duró la dictadura militar iniciada en marzo de 1976 servirá para hacernos comprender que únicamente la democracia es capaz de preservar a un pueblo de semejante horror, que sólo ella puede mantener y salvar los sagrados y esenciales derechos de la criatura humana. Únicamente así podremos estar seguros de que NUNCA MAS en nuestra patria se repetirán hechos que nos han hecho trágicamente famosos en el mundo civilizado".

Un año más tarde, en 1984, Sábato recibió el premio de literatura Gabriela Mistral, creado por la Organización de los Estados Americanos, y el prestigioso Premio Cervantes por la relevancia de su obra en la literatura española. El Premio Cervantes le fue entregado en Alcalá de Henares, la ciudad española que fue cuna de Cervantes, el hombre que legó *Don Quijote* al mundo. El Rey Juan Carlos entregó el lauro, llamado a menudo el Premio Nobel de las letras hispanas, al cumplirse el 369º aniversario de la muerte de Cervantes. En su tributo, el monarca español describió a Sábato como "un guerrero literario, un mago de las palabras, sabio en la alquimia de la fuente secreta de la naturaleza".

Sábato había dicho anteriormente a sus allegados que se proponía aprovechar la ocasión para rendir homenaje a Cervantes, describir el papel cumplido por España en la unificación de los pueblos latinoamericanos y combatir "el enigma de la ficción", como a él le gusta llamarlo. En su discurso de aceptación del premio (del cual fue extraído el párrafo de introducción a este artículo) Sábato guardó fidelidad a la palabra empeñada. "¿Sabía Cervantes que estaba escribiendo una obra trascendental?", preguntó a su audiencia. "No más que Dostoievski cuando se puso a redactar un panfleto sobre el alcoholismo en Rusia y terminó por escribir *Crimen y castigo*". Continuó diciendo que la gran narrativa no se atiene a un plan de la manera que un puente se ajusta al diseño trazado por un ingeniero. Depende, en cambio, "de las verdades incomprensibles y contradictorias del corazón", porque, inteligencia

aparte, “el corazón no guarda proporción con la mente”.

Sábato se refirió a la lengua española como a “un móvil fatídico y revelador de misterios” y agregó que si hubiese sido únicamente el idioma de la conquista, los descendientes de las razas subyugadas lo habrían utilizado sólo para expresar su resentimiento. “Pero no. Dos de los más grandes poetas de nuestra época, Rubén Darío y César Vallejo, ambos con sangre indígena en sus venas, no sólo escribieron en el idioma de los conquistadores sino que cantaron a España en poemas memorables”. Sábato describió el idioma español como una fuerza de enlace que al cabo de casi 500 años ha convertido a América Latina en “una unidad espiritual”. “¿Qué otros imperios, y cuántos, han creado un prodigio similar?”, preguntó. Escudriñando a través de sus característicos anteojos de armazón oscura, el pequeño, formal y reservado “padre del existencialismo latinoamericano” cerró sus palabras con una cita famosa de Cervantes: “Por su libertad y por su honor, uno puede y debe arriesgar su vida”. Sábato agregó: “¡Qué emoción siento ahora, en el ocaso de mi propia vida, protegido por su sombra generosa y sin límites!”

La constante búsqueda de una identidad individual y nacional de Sábato, comenzó modestamente el 24 de junio de 1911 en la comunidad ganadera de Rojas, 260 kilómetros al oeste de Buenos Aires. Fue el décimo de once hijos de una próspera familia de inmigrantes italianos, y su padre era el propietario y director del molino local. Aficionado desde joven a la lectura, Sábato prefería el material embriagador de Spencer, Zola y Darwin, por ejemplo, del cual se surtía en la biblioteca municipal, a los rigores físicos de las faenas ganaderas o a las labores del molino paterno. Debido a su obvio potencial intelectual fue enviado a La Plata para que siguiera su educación secundaria y universitaria, en lo que constituyó una época de soledad y temores que dejó cicatrices psíquicas nítidamente perceptibles en todas sus obras posteriores. Conforme a su propio testimonio, se sintió atraído por las matemáticas y la física debido a que su orden lógico y previsible ofrecía una alternativa atrayente a la incertidumbre del entorno extraño. Hacia 1937, Sábato había obtenido un doctorado en física y poco después marchaba a París para estudiar radiación en el famoso Laboratorio Curie.

París resultó el primer paso de su camino hacia la conversión en escritor profesional. Sábato cayó bajo la influencia de surrealistas como André Breton, Oscar Domínguez, Wilfredo Lam y Víctor Brauner, a quienes conoció personalmente. Mientras trabajaba todavía en el Laboratorio Curie comenzó su primera novela, *La fuente muda*, que luego quemaría. Sin embargo, el manuscrito sirvió como punto de partida para los temas que luego desarrolló en una obra más ambiciosa. En 1939, pese a las dudas crecientes en cuanto a que estuviera destinado a una carrera científica, estudió brevemente en el Instituto Tecnológico de Massachusetts antes de regresar a la Argentina para enseñar teoría de la física en la Universidad de La Plata. Aceptó ese cargo docente sólo para sustentarse financieramente y, muy pronto, con el aliento de su antiguo profesor de literatura, Pedro Henríquez Ureña, comenzó a escribir

ensayos para *Sur*, la famosa revista literaria que también publicaba trabajos de Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Adolfo Bioy Casares y otros importantes escritores. En esa época Sábato se casó con Matilde Kusminsky-Richter, a quien había conocido antes, como estudiante, en La Plata.

En 1943 rompió de manera abierta y definitiva con la ciencia, trasladándose con su esposa a la pequeña villa de Carlos Paz, en las sierras de Córdoba. Allí escribió *Uno y el universo*, una amplia variedad de ensayos y aforismos que definían colectivamente el mundo de Sábato. El libro fue ampliamente aclamado por la crítica y estableció a Sábato como una incorporación importante al escenario literario latinoamericano. En 1948 consolidó su reputación con *El túnel*, su primera novela, que también fue publicada por *Sur*. Es la historia deprimente y melancólica de Juan Carlos Castel, un artista alienado, que ya en las primeras páginas, escritas en su celda, anuncia que ha matado a su amante. Un crítico describió la novela como “una conversión religiosa a la inversa, una conversión al mundo”. Pese a su tema deprimente, este breve tratado de Sábato sobre la alienación y la autodestrucción encontró eco en América Latina, y también en Europa, donde Albert Camus leyó la obra e insistió en que fuera traducida inmediatamente al francés (hasta la fecha se ha publicado en 21 idiomas). Sábato recuerda con orgullo que hasta el temible Thomas Mann, que por ese entonces vivía en la zona sur de California, leyó la obra y escribió en su diario “terminé la novela de Sábato ... absolutamente impresionado”.

La era de Perón (1945-1955) resultó dura para Sábato, como para muchos intelectuales. Insistía en manifestar sus opiniones, criticando especialmente el desprecio del gobierno por los derechos humanos básicos. Perdió dos cátedras debido a cargos fraguados y más tarde fue condenado a pasar algunos meses en la cárcel por “desacato”. Sin embargo, rehusó guardar silencio y respondió con mordaces escritos antiperonistas como *El otro rostro del peronismo*, al tiempo que se consagraba al trabajo editorial y a un intenso programa de conferencias por todo el país. Pese a la tensión que reinaba en esos tiempos inciertos, durante los cuales a menudo se encontró en el centro de una constante controversia, Sábato comenzó a vislumbrar nuevas posibilidades para la literatura nacional argentina. Los relatos románticos sobre gauchos trezados en un duelo de rebenque o riñas de cuchilleros en los callejones de Palermo ofrecían una distracción escapista innegable para un público urbano, pero guardaban poca relación con la soledad, la amargura y la desesperación nacionales, que Sábato percibía donde quiera que fuese.

En los años siguientes a la caída de Perón, Sábato se lanzó a la búsqueda incesante de una nueva voz que pudiera expresar adecuadamente el problema de la identidad de la Argentina, tanto en el plano individual como nacional. Según él mismo, cayó entonces en prolongados silencios matizados con irrupciones súbitas y productivas, pero inclusive gran parte de ese duro trabajo no satisfizo sus propias metas y fue a parar a la papelera. En algún momento comenzó a moldear un relato que renegaba la diversidad histórica, demográfica y hasta geográfica de su patria, y que ofrecía simultáneamente a

sus lectores una visión detallada de algunos individuos contemporáneos cuya lucha diaria se hallaba intrínsecamente ligada a los "héroes y tumbas" del pasado. Finalmente, en 1961, apareció *Sobre héroes y tumbas*, y casi de inmediato esta novela densa y estratificada fue saludada como una de las grandes obras maestras de la literatura latinoamericana. Enlazada a una "sinfonía en cuatro movimientos" retrató la vida urbana en la época de la caída de Perón y entregó al mismo tiempo un comentario sobre la Argentina del siglo XIX, especialmente acerca de sucesos que rodearon al general Juan Lavalle y su fuga hacia Bolivia, en 1841, tras la ruptura con Rosas (Lavalle se dirige al lector desde su tumba). Aunque esta novela arrasadora incluía algunos de los temas que Sábato ya había abordado en *El túnel*, también presentaba algunas innovaciones audaces, especialmente en su tercera parte, titulada *Informe sobre ciegos* que, con su demencia enmarañada, se propone demostrar que la comunidad de los no videntes alberga una suerte de conspiración maligna. Una investigación aparentemente racional, lógica y precisa resulta, no obstante, equívoca, acaso la forma elegida por el autor para decir que el razonamiento científico puede llevar a la ceguera espiritual.

Mucho se ha escrito acerca de la relación de Sábato con sus personajes, especialmente Fernando, el autor del *Informe* con quien comparte la fecha de nacimiento y cuyos orígenes son muy similares a los de la juventud rural del autor, en Rojas. Sábato, en un trabajo autobiográfico posterior, *El escritor y sus fantasmas*, confesó un temor obsesivo a todas las formas de ceguera. Ha dicho también que el *Informe* fue una especie de descarga catártica ("lo vomité en diez días"), una suerte de ejercicio de irracionalidad, un proceso que hasta ahora ha desafiado a un análisis lógico de su parte. Cualquiera sea el caso, *Sobre héroes y tumbas*, tan geográficamente concreto para los porteños y poblado por los excesos comunes a muchos regímenes totalitarios, encontró un público receptivo en la Argentina, sin hablar del resto del mundo. Desde la fecha de su publicación en adelante, Sábato pudo sobrevivir financieramente gracias a los derechos de autor sobre esta obra.

Pese al éxito, que llegó en forma relativamente tardía a la vida de Sábato, él y su esposa mantienen un tren de vida modesto, y habitan sosegadamente la misma casa que compraron hace más de cuarenta años, cuando se mudaron de Carlos Paz a Buenos Aires. Separada de la calle por una densa muralla de árboles ("la arboleda existencialista de Sábato", la llaman algunos bromistas), la casa encarna una remota soledad interna muy semejante a las introspecciones de Sábato. El refugio del escritor frente al caos de Buenos Aires se halla repleto de libros, especialmente una habitación dedicada a sus obras y a las traducciones de éstas a casi dos docenas de idiomas (incluyendo una versión pirata de *El túnel* en japonés, que a Sábato le encanta mostrar a los visitantes). También hay ejemplares de recientes ediciones de tapa blanda, en inglés, de *Sobre héroes y tumbas* y *El túnel* (ambas de Ballentine, publicadas en 1988), traducciones aprobadas por Sábato que mucho han contribuido a consolidar su prestigio en los Estados Unidos y Gran Bretaña, veinte años

después de que ese prestigio quedara asentado en el resto de Europa.

Durante años, creyendo que la historia podía prestarse a una presentación visual, Sábato esperó con interés una versión cinematográfica de *El túnel*. Lamentablemente ninguno de los guiones que fueron sometidos a su aprobación estuvo a la altura de sus exigencias. Finalmente el productor chileno Arturo Feliú y su empresa Santiago Films, convencieron al escritor para que él mismo redactara el guión. El director español Antonio Drove rodó la película en su país y en los Estados Unidos, con Jane Seymour, Peter Weller y Fernando Rey en los papeles principales. La película se estrenó en 1988 y recibió la aclamación de la crítica en Europa y América Latina, pero lamentablemente tuvo una distribución muy limitada y casi no fue exhibida en los Estados Unidos.

Debido a un desprendimiento de retina y a una catarata parcial (la premonición del escritor respecto de una afección ocular se tornó real) Sábato escribe y lee poco, pero de todas maneras, detrás de los lentes oscuros que usa para proteger sus delicados ojos, dice que lo que quería decir ya lo ha escrito. Cree, como parte de sus "valores morales", que cuando uno ha expresado sus principales ideas no debe seguir escribiendo "solamente para mantenerse en el candelerero". "La cantidad es enemiga de la calidad", dice, y agrega que la automistificación, el escribir por dinero y decir las cosas que uno cree que el público quiere oír, son trampas que hay que evitar a toda costa. Como es de suponer, los escritores jóvenes solicitan consejo a Sábato y éste, con su estilo escueto y práctico pregunta: "¿Estás dispuesto a morirte de hambre?" Más concretamente, les recomienda olvidarse de los "ismos" y decir simplemente su verdad, confiados en que otros les escucharán. "Sin ideas nuevas, las palabras carecen de valor".

"Don Ernesto", como le llaman sus amigos íntimos, ha vivido una larga aventura amorosa con el dibujo y la pintura, artes que ha practicado con facilidad desde su juventud. En sus tiempos de París siempre disfrutó de la compañía de pintores y adora conversar sobre toda clase de cuestiones estéticas. En los últimos años, pese a sus problemas con la vista Sábato ha vuelto a pintar, con intensidad y empeño. Añadió un estudio en la parte trasera de su casa y dedica muchas horas a pintar retratos de sus héroes (Kafka, Nietzsche, Baudelaire, Dostoievski) y cuadros cuyos temas son la alquimia, la ceguera, los fantasmas y la muerte. Claramente, sus visiones traslucen el mismo pesimismo sombrío de sus obras literarias. "El hombre contemporáneo está en crisis", afirma inequívocamente. "Nuestra incapacidad para ver en el plano individual y en una dimensión social constituye una especie de ceguera moral".

En abril de 1989 tuvo lugar una muestra de pinturas de Sábato en el Museo Pompidou, de París. La exposición, organizada por el curador del museo, Blaise Gautier, también incluyó una muestra de sus libros y manuscritos, una proyección de la película *El túnel* y conferencias del escritor. Constituyó un tributo poco común para un escritor, pero fue apenas el último de una larga serie de honores que el entusiasta y leal público francés de Sábato le ha rendido a lo largo de los años. En 1974 su tercera gran novela, *Abaddón el exterminador*,

mereció el Premio al Mejor Libro Extranjero, que ha sido otorgado, entre otros, a Alexandr Solzhenitsyn, Heinrich Boll, Günther Grass, Isaac Bashevis Singer y Gabriel García Márquez. En 1986 el presidente François Mitterrand le confirió la Legión de Honor.

Los lazos de Sábato con sus ancestros italianos son también fuertes. Con una rara sonrisa observa que "los italianos fueron y siguen siendo uno de los grandes inventos del ser humano". La obra de Sábato ha tenido gran aceptación en Italia. En 1989, al cumplirse 900 años de la fundación de la Universidad de Bolonia, pronunció un discurso sobre el poder político de la literatura en América Latina.

Con su humor negro característico, Sábato afirma que su actual meta en la vida "es no morir". Pese a su condición octogenaria, su fin parece distante porque se mantiene notablemente en forma, rebosante de la energía y el entusiasmo propios de un hombre mucho más joven, sumamente envuelto en la vida política y cultural de su país. Responde generosamente a las solicitudes de entrevistas y mantiene una intensa correspondencia, especialmente con los diarios de su país con los que a menudo discrepa. Dicta conferencias dentro y fuera de la Argentina. Sábato nunca fue individuo de afiliarse, ya fuera a partidos políticos o movimientos literarios, y prefiere el papel de la baraja única, de francotirador. En 1985 el Rey Juan Carlos, al entregar el Premio Cervantes al prestigioso escritor argentino, dijo que "la aventura de vivir libre es lo que hace que valga la pena estar vivo". Estas palabras configuraron un tributo especialmente apropiado para Ernesto Sábato, que con su pluma y su ejemplo ha luchado con determinación constante para liberar el espíritu humano. Esto ha hecho que su vida haya sido muy valiosa.

---

\* Agradecemos a Rebecca Read Medrano la autorización concedida para publicar este artículo que apareció anteriormente en la revista *América*.

